



Pensar en la intemperie. Tensiones ontológicas-epistemológicas y metodológicas en la producción de la “subjetividad política”¹

Thinking out in the open. Epistemological, ontological and methodological tensions spanning the production of "political subjectivity"

Andrea Bonvillani

CiPsi/CIECS-CONICET; Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

Resumen

En este trabajo exploro algunos ejes de tensión que atraviesan la producción de la categoría “subjetividad política” (interno-externo; particular-universal; mente-cuerpo), explicitando los supuestos ontológicos, epistemológicos y metodológicos que esto supone. Luego, abordo de qué modo algunos emergentes de investigaciones empíricas realizadas con jóvenes de Córdoba (Argentina) en diversos procesos de politización, interrogan y ponen en crisis estas asunciones teóricas, permitiendo interrogar de nueva cuenta sus fertilidades. Se trata, entonces, de pensar en la intemperie, desmarcándose de ciertas comodidades resultantes de sostener perspectivas teóricas como verdades autoevidentes, cuyo valor no se pondera en orden a sus posibilidades para dar cuenta de un campo de experiencia dado, sino a otros criterios como puede ser el principio de autoridad derivado de un “nombre reconocido”.

Palabras clave: **Subjetividad; Política; Jóvenes; Córdoba**

Abstract

This paper explores some of the central concepts of tension spanning the production of the category "political subjectivity" (internal-external; particular-universal; mind-body), specifying the ontological, epistemological and methodological assumptions that this entails. It then addresses the way in which some emerging issues from empirical research carried out with young people of Cordoba (Argentina) in various processes of politicization, examines and puts into question these theoretical assumptions, allowing them to be reexamined for their fruitfulness. It then deals with, thinking out in the open, being removed from certain comforts which result from sustaining theoretical perspectives as self-evident truths, whose values are not weighed in relation to their possibilities in order to give an account of a field of preexisting experience but rather to other criteria which may be the principle of authority coming from a "well-known name".

Keywords: **Subjectivity; Politics; Youth; Córdoba**

¹ Agradezco a los evaluadores de la Revista sus observaciones que, sin duda, contribuyeron a la claridad de este artículo.

Introducción

A partir de los recorridos por los que me ha llevado la búsqueda de una conceptualización de las relaciones posibles entre subjetividad(es) y política(s), puedo proponer una conjetura: en muchas ocasiones, el apego a determinada posición teórica, termina primando sobre las posibilidades de ejercitar una reflexión sobre la fertilidad de su pensamiento en orden a dar cuenta de los problemas que nos interrogan como cientistas sociales². De este modo, si se “abrazo la causa” de determinado autor, entonces, parecería que lo que puede decirse de la subjetividad política termina siendo una suerte de narrativa de ese autor y que la garantía de autoridad de dicho discurso derivaría de su consagración, es decir, de la creencia compartida en el campo académico sobre su legitimidad (Bourdieu, 1985/1999)³. La eficacia simbólica de este tipo de apego basado en el mero reconocimiento nos releva, en efecto, de la puesta en tensión de sus potencialidades para responder a los problemas teórico-prácticos que se inscriben en el campo conceptual delineado. Paradojalmente, es como si se asumiera una lógica identitaria para abordar la subjetividad: entonces, se “es” foucaultiano, deleuziano, bourdiano, laclauiano, etc. y desde allí se habla. Esta opción ofrece comodidades evidentes: aferrarse a una teoría como “guía mecánica de una práctica no pensada” (González Rey, 2008, p. 31). No obstante, termina reproduciendo teoricismos que nos encierran el pensamiento, impidiendo, por ejemplo, poner en interrogación si las condiciones de producción de aquellos corpus teóricos celebrados (generalmente europeos), son extrapolables a unas condiciones latinoamericanas de problematización.

La lógica de inclusión de categorías que implican herramientas analíticas, debiera además, estar sujeta a permanente reflexión de

sus postulados meta-teóricos (Ibañez, 1992), es decir, aquellos supuestos constitutivos de un campo de estudio que remiten a concepciones de realidad, de conocimiento, de sujeto, de relación social. Esta reflexión resulta saludable para el campo “psi”, que hasta ahora no parece estar muy dispuesto a interrogar sus narrativas, particularmente aquellas que conceptualizan la subjetividad como interioridad (Fernández, 1999).

Para el caso de la fórmula “subjetividad política” la cuestión se agrava si se considera que se trata de una hibridación que intenta reconciliar dos conceptos problemáticos en sí.

El uso del vocablo subjetividad suele caracterizarse por una marcada imprecisión: a veces para designar de manera indistinta al “sujeto”, otras como sinónimo de lo psíquico. Las discusiones alrededor del estatuto de la subjetividad remiten a un viejo problema en Ciencias sociales aún no saldado: la relación entre una instancia a la que podemos denominar “psiquismo” y otra designable como lo socio-cultural, aunque este modo de plantear la cuestión ya supone un posicionamiento polémico: la subjetividad, como proyecto de conceptualización, vendría a lidiar con esta separación fundante, cómo si con ella se procurara poner en articulación ambas dimensiones que, de partida, se consideran territorios diferenciados. Consecuentemente, en esta lógica de pares antitéticos, lo psíquico suele pensarse en equivalencia con lo interno-individual, y, correlativamente, lo socio-cultural con lo externo-colectivo.

Dadas estas consideraciones de partida, en este artículo me propongo explorar algunos ejes de tensión que atraviesan la producción de la categoría “subjetividad política” (interno-externo; particular-universal), explicitando los supuestos ontológicos, epistemológicos y políticos que esto implica. Tal reflexión estará alimentada por el análisis de algunos emergentes de investigaciones empíricas conducidas por mí con jóvenes de Córdoba⁴ (Argentina) en distintos procesos de politización de los que son protagonistas, como se detalla en la sección siguiente.

² Se pueden encontrar varias posiciones cercanas a este planteo. A modo de ejemplo, se puede citar a Félix Guattari (2005) cuando describe la forma reduccionista como en las universidades se recupera el pensamiento de Karl Marx y de Sigmund Freud. También Fernando González Rey (2008) ha señalado la reificación de ciertas teorías que son “convertidas en rutinas fraseológicas” (p. 31).

³ Sobre las formas específicas de funcionamiento de este campo y sus consecuencias en la producción de este tipo de relación con las teorías, véase Pierre Bourdieu (1966/2002).

⁴ Se trata de la segunda ciudad de Argentina, tanto por su importancia económica y política como por su cantidad de población.

Finalmente, la propuesta que intento formular en este trabajo es que para avanzar en la construcción reflexiva de la categoría “subjetividad política” se debería asumir una actitud tendiente a desmarcarnos de ciertas comodidades resultantes de sostener perspectivas teóricas como verdades autoevidentes, cuyo valor no se pondera en orden a sus posibilidades para dar cuenta de un campo de experiencia dado, o de las consecuencias políticas de asumir acríticamente un sistema de pensamiento como si fuera una suerte de cosmovisión, sino a otros criterios como pueden ser el principio de autoridad derivado de un nombre reconocido. A dicha actitud la denomino “pensar en la intemperie”.

Algunas precisiones sobre el camino metodológico elegido

Entender la teoría como una caja de herramientas quiere decir: - que **no se trata de construir un sistema sino un instrumento**, una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se comprometen alrededor de ellas; - que esta búsqueda no puede hacerse más que poco a poco, a partir de una **reflexión** (necesariamente histórica en algunas de sus dimensiones) **sobre situaciones dadas**. (Foucault, 1981/1985, p. 8, Destacado mío)

Para conducir el análisis respecto de la categoría subjetividad política, en este artículo retomo la idea foucaultiana de “caja de herramientas”. Esto implica en primer término que frente a los corpus teóricos seleccionados ejercitaré una actitud reflexiva que, lejos de un apego a ellos como si fueran verdades reveladas, permita ponerlos a operar en su capacidad de lectura de la realidad. En tal sentido, y siguiendo esta estrategia postulada por Michel Foucault, las propuestas teóricas consideradas se seleccionan a modo de instrumentos que, puestos en tensión con situaciones problemáticas emergentes de las experiencias investigativas, muestren su capacidad para designar horizontes de comprensión de esas realidades. Es decir, el diseño metodológico desarrollado en este artículo consiste en tensionar la capacidad de estas categorías para operar en tanto tales, es decir, categorizando la experiencia investigada en torno a los procesos de subjetivación política. Se trata, siguiendo esta línea, de un trabajo de problematización de tales categorías, lo que supone ejercitar la crítica del pensamiento sobre sí mismo, es decir, la reflexividad sobre “situaciones dadas”, como afirma el propio

Foucault (1981/1985). En consecuencia, es pertinente remitirse a las emergencias de la investigación empírica, ya que es ese el registro donde las categorías analíticas deben ser puestas en tensión, interrogadas en su fertilidad. En este trabajo, se hará referencia a un conjunto de estudios en los cuales se ponen en diálogo las dimensiones de subjetividad y politicidad en jóvenes de la Ciudad de Córdoba (Argentina), los cuales se enmarcan en la trayectoria de investigación de más de quince años de la autora.

Dicha trayectoria se ha desplegado en diferentes espacios de participación política juvenil: movimientos sociales, agrupaciones estudiantiles universitarias, colectivos culturales de militancia territorial, acciones colectivas, entre otros. A partir de diseños investigativos cualitativos me he propuesto reconstruir y comprender las configuraciones de subjetividad política de los jóvenes, desarrollando una multiplicidad de técnicas de producción del conocimiento: entrevistas en profundidad, grupos de discusión, análisis documental, “etnografía colectiva de eventos” (Bonvillani, 2015a). La diversidad de tal experiencia vivida alimenta los interrogantes que se formulan en este artículo, justamente desde la necesidad de pensar, sentir y actuar habitando una modalidad de investigación “situada” (Hara-way, 1991/1995) que permita dar cuerpo a las abstracciones y generalizaciones formuladas teóricamente. Dada esta cantidad y diversidad de proyectos desarrollados, he optado por hacer alusión a cada uno en la instancia en la que se referencia la emergencia empírica particular. Concretamente, en cada una de las citas de fragmentos de trabajo de campo utilizadas a lo largo del texto, especifico los datos que hacen a sus condiciones de producción: año, técnica utilizada, tipo de material producido/analizado. En algunos casos, también consigno nombres ficticios y edades de los hablantes.

Apelando nuevamente a Foucault (1984/2003), la elección de los autores que integran esta propuesta, se justifica en el supuesto de la existencia de un “‘campo de problematización’ que les es común y que los hizo posibles unos a otros” (p. 37), es decir, que comparten cierta manera general de poner en interrogación la relación entre la política y la subjetividad. No obstante, las diferencias que generan particularidades en las construccio-

nes teóricas en cada caso, serán señaladas justamente para alimentar el contrapunto. A tales efectos, el artículo se organiza a partir de cuatro ejes de tensión en el campo de estudios de la Subjetividad política, a saber:

- a) Subjetividad/identidad
- b) Sujeto/ Subjetividad/Subjetivación
- c) Subjetividad/mente/cuerpo
- d) Subjetividad/subjetivación/política

Desarrollo Analítico y Discusión

Subjetividad/identidad

Clásicamente, cuando se habla de “identidad” se alude a la existencia de una cierta esencia que permitiría responder inequívocamente al ¿quién soy? Esta forma de entender la identidad como sustancia autocentrada, capaz de autoconocimiento pleno a través de la razón, es tributaria de la Modernidad, como proceso histórico consistente en reemplazar un sistema de creencias y representaciones regido y legitimado por un orden religioso, a otro centrado en las posibilidades humanas de acceso a la verdad, incluso a la verdad sobre sí.

En la tradición moderna aparece claramente una concepción del individuo como inmanencia autosuficiente e independiente: pensar la identidad de individuos es pensar en entidades únicas e irrepetibles, fundadas en una lógica binaria de oposición que define en un mismo movimiento lo que se es (idéntico a sí mismo) y lo que no se es (lo esencialmente diferente).

La identidad supone fijar un criterio de unicidad del sentido de lo subjetivo: una única manera de ser, cuyo logro máximo consistiría en mantener su esencia inmutable a lo largo del tiempo. Correlativamente instituye la “diferencia” entendida como desigualación: “la institución de este sujeto universal y el paradigma antropológico que se instituye (...) no pueden escapar al etno-logo-falo-centrismo y conllevan la imposibilidad de pensar lo otro, salvo como diferencia desigualada” (Fernández, 2007, p. 272). Entonces, el otro, construido como tal desde la posición de lo uno (axiomática homogeneizante mediante) funciona sosteniendo la superioridad de ese “uno” que se arroga el derecho de enunciar y juzgar que debe ser considerado lo “otro”: el

varón, blanco, europeo, propietario y la serie de diferentes negativos e inferiores que son (somos) su contra-cara. Por el contrario, “la diferencia no implica lo negativo y no admite ser llevada hasta la contradicción más que en la medida en que continúe subordinada a lo idéntico” (Deleuze, 1968/2002, p. 15).

La “identidad del hombre ilustrado” es parte del proyecto político moderno: la hegemonía de las facultades autónomas para ordenar razón y voluntad característica del racionalismo cartesiano, sirvió para sustentar la responsabilización del agente humano con voluntad propia, autónomo y soberano. Esta forma de comprensión de lo subjetivo en equivalencia con una individualidad aislada idéntica a sí misma, se orienta a cierta apuesta política, como es el énfasis que pone el liberalismo en el individualismo y la relación social basada en la competencia capitalista.

La identidad como una forma de expresión del esencialismo que fija de modo determinista al sujeto, ha sido objeto de duras críticas de todo pensamiento que intente teorizar la experiencia subjetiva como un proceso abierto y contingente. Ahora bien: en las diversas investigaciones⁵ que me han permitido acercarme a colectivos juveniles de sectores populares cordobeses, se objetiva que su trabajo político tiene como núcleo la impugnación de las imágenes y creencias que circulan hegemónicamente sobre ellos, cargadas de valoraciones altamente negativas que se expresan en cadenas significantes del tipo joven-pobrevago-ladrón-drogadicto. Es decir, las demandas que estos jóvenes procesan, remiten a su adscripción identitaria como eje de un conflicto social: ser un joven de sector popular en Córdoba, supone padecer un conjunto de injusticias por distribución de recursos materiales y serios déficit en el reconocimiento (Fraser, 1997).

Yo me quedé pensando en el contexto donde viven los chicos, ¿no? Un contexto de vulnerabilidad muy grande: pobres, villeros, con todas las cargas digamos, que vienen de la sociedad. Y sí, son los

⁵ Especialmente en el Proyecto de investigación denominado “Prácticas de participación socio-políticas de jóvenes cordobeses pobres: un acercamiento a las formas actuales de subjetividad juvenil en la pobreza urbana”. El mismo contó con subsidio de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba. Periodo 2008- 2009. Lugar de Trabajo: Facultad de Psicología (U.N.C.). Dirección: Andrea Bonvillani.

choros⁶, los vagos, los delincuentes, los que no pueden (...). Tienen todos los defectos... (lo dice como citando expresiones de sentido común referidos a jóvenes de sectores populares) (Pablo, 25. Técnico de una organización en territorio barrial. Entrevista en profundidad, 2/05/2010).

En estos casos, la “identidad social” parece fértil para designar determinados tipos de procesos subjetivos⁷, específicamente referidos a las imágenes sociales que se tienen respecto de la posición que se ocupa en el espacio social: “es un concepto de referenciación, de circunscripción de la realidad a cuadros de referencia” (Guattari, 2005, p. 86). Las situaciones a las que aludo se refieren a la objetivación de la experiencia de ocupar determinado lugar social: autorepresentación que convoca imágenes y sentidos sobre el colectivo de pertenencia y los demás grupos que integran la escena social, que se articulan en tensión diacrítica.

Resulta sugerente en este punto la idea de un “uso estratégico del esencialismo”, tal como lo propone Gayatri Spivak (1985), para poner en visibilidad la importancia política de insistir en la existencia de aquellas marcas culturalmente específicas al modo del ejercicio de una resistencia, contraria a la amenaza hegemónica de borrarlas o subordinarlas y que haría factible una articulación de demandas de distintos colectivos que corren el riesgo de fragmentarse.

He podido observar algunos de estos procesos donde la pertenencia a una cultura (popular) como núcleo identitario se politiza en tanto resistencia a su persecución, en mis trabajos actuales de investigación⁸ con la “Marcha de la gorra”. Se trata de una movilización multitudinaria de jóvenes de sectores populares, que una vez al año desde 2007 a la actualidad, se hacen presentes en el espacio público del centro de la ciudad de Córdoba, para poner en visibilidad su demanda: la derogación

de normas contravencionales a través de las cuales se los puede detener en la vía pública sin mediar más que la sospecha policial de la potencialidad de delinquir. La discriminación de la que son objeto estos jóvenes se aloja en atributos que se muestran corporalmente: color oscuro de la piel, formas de desplazamiento, de vestir, de presentarse frente al otro.

Uno de los modos de tomar posición en el espacio público que la acción de protesta desarrolla en cada edición, se plasma en la producción de un documento público que se lee al cierre de la misma. En el correspondiente a la Sexta Marcha de la gorra los jóvenes sostienen:

Nos encontramos aquí una vez más denunciando públicamente el mal accionar del Estado provincial, de la mano de las actuales políticas públicas de seguridad y leyes como el Código de Faltas, con la complicidad del poder judicial y el abuso que se ejerce por parte de la institución policial en las calles de la Provincia de Córdoba, a los jóvenes que pertenecemos a una cultura, que está siendo castigada por sus diversos códigos y formas de identidad, planteando así la desconfianza y las malas intenciones a través de estereotipos. (subrayado mío). (Fragmento de diario de campo, Documento público de la Sexta Marcha de la Gorra, Córdoba, 2012).

Sujeto/ Subjetividad/Subjetivación

Al hablar de “sujeto” se tiende a poner énfasis en lo “sujetado”, por la estructura social, por la estructura inconsciente, según el relato por el que se opte. La idea de estar “sujeto” remite a una condición intrínseca de vasallaje o subalternidad, ya sea por la vertiente de la sujeción (estar bajo el dominio de) o por la vertiente de la posición (estar debajo de).

Al menos etimológicamente, la subjetividad sería la cualidad de ser sujeto. Por eso algunos autores (Tassin, 2012) consideran oportuno hablar de “subjetivación” en vez de subjetividad —reconociendo la autoría del concepto a Foucault—, para designar “un proceso que no sabría fijarse, estabilizarse bajo la forma de ‘sujeto’” (p. 37).

En efecto, la distinción entre modos de subjetivación y producción de subjetividad propuesta por Foucault, se ofrece como una vía a través de la cual desesencializar esta noción de sujeto, marcada por un sentido de sujeción.

Si bien, “durante mucho tiempo, Foucault solo concibe al sujeto como el producto pasivo de las técnicas de dominación” (Gros, 2002,

⁶ Categoría nativa, ladrones.

⁷ La subjetividad se considera una categoría más amplia que la identidad y que la contiene. Esta comprensión se la debo a Fernando González Rey.

⁸ Proyecto de investigación denominado “La ‘Marcha de la gorra’ como experiencia de subjetivación política de jóvenes de Córdoba (Argentina)”. El mismo contó con Subsidio de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba. Periodo 2014-2015. Lugar de Trabajo: Facultad de Psicología (U.N.C.). Dirección: Andrea Bonvillani.

p. 496), al final de su trayectoria el sujeto aparece como un “pliegue de los procesos de subjetivación sobre los procedimientos de sujeción” (p. 497). En los años cercanos a su muerte, Foucault delinea nuevos contornos para una “hermenéutica del sujeto”, a través de la idea de la subjetivación: “procedimientos por los que un sujeto se apropia de sí, se transforma él mismo en sujeto de sus propias prácticas” (Tassin, 2012, p. 41).

En un trabajo tardío, Foucault (1982/1988) plantea que el eje de su estudio ha sido —más que analizar las formas del poder— “producir una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura” (p. 3), agregando que, en consecuencia, se ha ocupado de los tres modos de objetivación⁹ a través de los cuales se ha producido subjetividad: a) la objetivación que ha hecho la ciencia del sujeto, según las miradas disciplinares; b) la objetivación que se produce por medio de divisiones normativas, es decir, cargadas de valoraciones que ubican a unos y otros en la sociedad (loco-cuerdo; enfermo-sano) y c) la objetivación del sujeto como sujeto, “el modo como un ser humano se convierte a sí mismo o a sí misma en sujeto” (Foucault, 1982/1988, p. 3). En definitiva, pensar modos de subjetivación supone para el autor historizar las estrategias biopolíticas que se despliegan al calor de los dispositivos de saber-poder que se instituyen en cada sociedad, así como las prácticas de sí que habilita, tarea emprendida en los momentos posteriores de su obra.

Subjetivación es, de este modo, constitución de una subjetividad a partir de un trabajo de sí sobre sí, de asumir posiciones éticas: “como elección irreductible de existencia. En consecuencia, es posible un sujeto verdadero, ya no en el sentido de una sujeción sino de una subjetivación” (Gros, 2002, p. 483).

Ahora bien, resulta significativo pensar en la posición que se asume respecto a este sujeto que adviene con la subjetivación: para Foucault (1994/1999) es necesario abandonar cualquier “teoría a priori del sujeto”, en la

subjetivación no hay sujeto prefigurado en el origen del proceso ni en su resultado, es decir, el “devenir sujeto” es sin anticipación posible, deviene un sujeto como una incógnita: “la subjetivación no sabría ser una autoterminación del sujeto por sí mismo, puesto que esa autodeterminación necesitaría que el sujeto se sitúe en el origen (antes) del proceso” (Tassin, 2012, p. 37).

Resulta evidente que, en este planteo, la subjetivación como apropiación de sí mismo a partir de una asunción ética inaugura una modalidad de habitar la propia existencia. Ahora bien: ¿cuál es el alcance de este movimiento de inauguración subjetiva? ¿Todo es novedad? ¿No hay nada de la experiencia pasada que se actualice en la subjetivación?

En las distintas investigaciones que he desarrollado sobre politicidad¹⁰ popular con jóvenes cordobeses, he podido objetivar que no es posible realizar una separación tajante entre su historia personal —fuertemente atravesada por condiciones de precariedad material— y las prácticas políticas por medio de las cuales podrían abrirse modos de subjetivación. En un estudio con militantes de un movimiento social (Bonvillani, 2009), por ejemplo, se observa que la tendencia al involucramiento subjetivo en la construcción de una política diferente aparece modulada por el registro de la necesidad. Ellos hablan de una política “necesaria para pobres”, inscribiendo sus demandas en su procedencia social y apostando en su constitución como sujetos políticos, su propia emancipación subjetiva a través de la lucha y la “autoafirmación”:

Nosotros la tildamos una actitud de dignidad, de lucha, de no renunciar al sueño que es luchar contra algo que te oprime, decir, ¡bueno basta...! es salir y decir Bueno, che, nosotros existimos, estamos, vivimos, tenemos derechos (Victor, 25. Militante movimiento social. Entrevista en profundidad, 3/7/2007).

⁹ Para Foucault, objetivación y subjetivación son dos caras de una misma moneda: “esta objetivación y esta subjetivación no son independientes la una de la otra; es de su desarrollo mutuo y de su lazo recíproco que surge eso que podríamos llamar “juegos de verdad”” (Foucault, en Tassin, 2012, p. 40).

¹⁰ El uso de este concepto-cualidad, remite a la búsqueda de designar el tipo de objeto que intento construir, eludiendo sustantivos que impliquen esencias e invisibilicen la condición no localizable topológicamente a priori de la política. La politicidad, entonces, será entendida como una cualidad potencial que puede alojar cualquier vínculo social: aquello que puede tener un sentido político no resulta de su propia naturaleza, sino que es producto de unas relaciones de poder inscriptas en el vínculo que lo vuelven “politizable”. Este aspecto será retomado más adelante, en el apartado “Subjetividad/subjetivación/política”.

Decimos que queremos otro país, uno que responda a las necesidades de la gente de los barrios, de los trabajadores. Un país que sea independiente, soberano en sus decisiones, y eso es eminentemente político (Tomás, 38. Militante movimiento social. Entrevista en profundidad, 10/3/2007).

De lo que se trata, en todo caso, es de describir los modos como dialogan la historia pasada del sujeto con la actualidad de los modos como se subjetiviza en la experiencia de la politización, sin suponer que “quien adviene” es tributario de una herencia ni familiar, ni social, ni cultural (Tassin, 2012, p. 38), pero tampoco una abstracción flotante y meramente contingente.

Evidentemente lo que permanece en el trasfondo de esta cuestión es un tipo de posicionamiento teórico en el que, a partir de la asunción de algún a priori, se delimita de manera determinante un campo de posibilidades para el sujeto emergente de la subjetivación y, con él, una direccionalidad prefigurada de la acción política subjetivante. Retomaré la cuestión en el último punto de este trabajo.

Subjetividad/mente/cuerpo

La idea cartesiana de un yo como mente transparente capaz de conocer el mundo mediante la razón, viene a relegar a las pasiones a la oscuridad del mundo del cuerpo, para someterlas al imperio del pensar, como si el sentir no fuera también un acto constitutivo de lo que somos.

Como he señalado en otro trabajo (Bonvillani, 2010), las tendencias pasionales individuales han sido objeto de preocupación desde los inicios de la filosofía política moderna en tanto amenazarían el orden social por su carácter de ingobernables por medios racionales. Por el contrario, en Baruch Spinoza encontramos una comprensión de las pasiones no como un “demonio interno” que habría que sofocar o domesticar, sino como una fuerza que nos pone en contacto con nosotros mismos y los demás, cuyo conocimiento nos permite el desarrollo de la potencia de ser. Ocurre que las pasiones tienen un lado oscuro que es la tristeza que nos vuelve impotentes, nos impide conectarnos con nuestra propia vitalidad. Como sea, la dimensión afectiva debería estar presente al momento de producir una comprensión de la subjetividad política, si sostenemos que los afectos constituyen un aumento o disminución de la posibilidad de

actuar de los cuerpos, y, en consecuencia, entendemos que su instrumentalización es eminentemente política.

Desde este clivaje, podría pensarse la progresiva delimitación de un campo de estudios que problematiza la intersección entre política(s), subjetividad(es) y emocionalidad(es), como sostienen algunos autores (Maffesoli, 2004/2005).

En mis aproximaciones a diversas expresiones de politización juvenil, la movilización de sensibilidades y afectaciones corporales aparece como central en la construcción de un “nosotros”: sentimientos de amistad, de solidaridad, del disfrute de lo compartido, le dan materialidad a la experiencia del encuentro, delineando una “politización de lo afectivo” (Bonvillani, 2010).

En la investigación mencionada anteriormente con la Marcha de la Gorra, aparecen constantes referencias a las expresiones de alegría que en ella se despliegan: escenas que transmiten una fuerza que empuja a expresarse con saltos y risas, acompañando las intervenciones de los diferentes grupos (teatro espontáneo, murgas, batucada, grafiteros). Podría decirse que hay un despliegue inmanente de la alegría, aquel que vale por sí mismo en tanto viene a suspender por una tarde una vida cotidiana atravesada por la precariedad y la penuria. Pero con él convive una fuerza política de la alegría que se proyecta al modo de una expresión obscena e irónica: una demostración de habitar la calle donde los cuerpos se mueven sin prevención en la murga, las voces de reclamo se levantan y se vuelven grito desafiante.

Hay una elaboración política de la alegría que la constituye en un derecho (Bonvillani, 2013), que se encuentra violado por la persecución a la que son sometidos los jóvenes de sectores populares cuando se desplazan por el centro de la ciudad. Entonces, la alegría se reivindica como un derecho:

Por la alegría vamos a marchar una vez más. Sexta Marcha de la gorra. ¿Por qué los tambores? Porque el código de faltas nos quita la alegría de estar en la calle (...), defendamos nuestro derecho a la alegría (Registro etnográfico de discurso en la vía pública. Sexta Marcha de la Gorra. Córdoba, 20/12/2012).

Lo que me interesa poner de relieve, es que la expresión de algarabía se constituye per se en un instrumento político, en la medida en

que permite el despliegue de las pasiones alegres que generan una revitalización de las estrategias de acción colectiva juvenil, tal como lo recogen diversos autores cuando describen una “carnavalización de la protesta” (Reguillo, 2000). Pero no sólo eso: hay producción de un pensamiento sobre el sentido político de la emocionalidad. En el ejemplo que planteo, la “alegría” no sólo se manifiesta, también se tematiza como parte de una elaboración reflexiva sobre lo que significa pertenecer a un grupo social vulnerado en sus derechos, es decir, no aparece escindida de la capacidad de construcción de marcos interpretativos que dan sentido a la experiencia de los jóvenes.

Podría decirse que estas formas emergentes de expresión de politicidad tienen como locus preferente al cuerpo, tradición cuya referencia teórica se remonta a Spinoza y es retomada por Gilles Deleuze (1970/2004), en términos de lo que puede un cuerpo en la manifestación de una potencia. Ahora bien, esta recuperación de la afectación corporal como estrategia política, no debería ser argumento para sostener una desconexión entre ésta y las operaciones de pensamiento o, más aún, una invisibilización o subordinación de una dimensión sobre otra, a riesgo de reproducir de manera invertida el reduccionismo cartesiano. Ambas son necesarias en la elaboración colectiva de demandas políticas: se trata “de sentir pensando, de pensar sintiendo” (de Souza Santos, 2012, p. 16).

Subjetividad/subjetivación/política

¿Qué estamos queriendo sostener cuando acompañamos a la “subjetividad” con el calificativo “política”? ¿Cómo se define la política?

De acuerdo a la perspectiva aquí asumida, la política no se reduce al conjunto de estructuras estatales o gubernamentales, características del sistema representativo liberal, sino que se expresa como cualidad que atraviesa todas las relaciones sociales, en tanto éstas son formas de tramitar los conflictos inscriptos en la vida en común. De este modo, la cuestión del poder aparece en el trasfondo de los sentidos y prácticas políticas, en múltiples y heterogéneas relaciones interconectadas en clivajes locales, inmediatos en las interacciones cotidianas, pero que requieren ser pensa-

dos en su tensión constitutiva con condiciones sociales, económicas y políticas.

En el universo conceptual de Jacques Rancière (1996/2007), la política no es una existencia, sino que es una ocurrencia posible, que depende de la irrupción de un litigio instituido para probar la igualdad de cualquiera con cualquiera. Lo designado tradicionalmente como “política” es para él la “policía”, es decir, una lógica de ordenamiento social que determina lugares y funciones y, sobre todo, los sistemas de legitimación correspondientes para ocuparlos. El orden policial lesiona el principio de igualdad al cual debería aspirar todo sistema social, en tanto ha producido divisiones, haciendo invisibles y quitándoles la palabra autorizada a algunos para legitimar la posesión de otros que sí son “tenidos en cuenta”. La búsqueda de la igualdad, entonces, es fundamental en la democracia, pero no como el ideal liberal burgués formalizado en la supuesta representación de la mayoría, sino como un proceso de emancipación a través del cual aquellos que han sido despojados de su calidad de “sujetos iguales”, recusan el lugar en el que han sido ubicados, dándose existencia en lo simbólico. Rancière (1996/2007) denomina “política” a este proceso de encuentro entre las dos lógicas: la de la policía y la de las prácticas emancipatorias de sujetos a través de las cuales actualizan y comprueban la igualdad no como una premisa abstracta, sino como un discernimiento aplicado a cada práctica que la pone en acto.

Desde esta perspectiva, el nacimiento de la política depende de la irrupción de un desacuerdo, pero no en el sentido del conflicto de intereses entre actores, sino en el sentido radical de oposición a la lógica que de manera hegemónica ha permitido la definición de la existencia de esos actores con sus respectivos intereses: el litigio alcanza a la “partición de lo sensible” (Rancière, 1996/2007, p. 53). El alcance del desacuerdo que funda a la política podría representarse a través de la metáfora de uso común: “patear el tablero”, para barajar y dar de nuevo. Nacer un sujeto otro: “transformar unas identidades definidas en el orden natural del reparto de las funciones y los lugares en instancias de experiencia de un litigio” (Rancière, 1996/2007, p. 52). De ahí, que para este pensamiento la relación entre subjetivación y política es fundante.

¿Qué caracteriza la emergencia de la política como irrupción de un litigio y acto fundacional de subjetivación? ¿Qué tan extraordinarias deberán ser las condiciones socio-históricas para esta ocurrencia? ¿La subjetivación política conduce necesariamente a la emancipación?

El lugar absolutamente excepcional en el que ubica Rancière el nacimiento de la política y la mirada un tanto normativa respecto de la dirección que esta acción subjetivante debería asumir, han sido cuestionadas por varias voces (Lazzarato citado en Tassin, 2012; Žižek, 1999/2001). Aferrarse a este modo de concebir el “momento político”, se acerca bastante a la presunción de que sólo en el destello revolucionario habría política. De ese modo, gran parte de las experiencias cotidianas, de los sutiles movimientos subjetivos que encarnan los jóvenes en las experiencias que he estudiado, quedarían invisibilizados para Rancière como gestos de subjetivación política.

Conclusión: palabras para seguir pensando

Bajo el imperio de las fidelidades teóricas, es posible tener la sensación que la férrea delimitación que estas implican, separa con una línea invisible, pero no por eso menos eficaz, lo decible y lo censurable, y así comienzan a aparecer especies de “malas palabras”. Por ejemplo, si sostenemos la identidad como la representación de la esencia, entonces, cualquier atisbo de adscripción a una historia o trayectoria vital para clivar una lucha política, se vuelve un impensable. Si todo es y debe ser inmanente, cualquier alusión a un proyecto político que busque cierta trascendencia será tachado de teleológico y de relato universal. Si lo legítimamente politizante es aquello alojado en el cuerpo y los afectos, cualquier referencia a la capacidad de reflexividad del agente, será excluida en tanto residuo de racionalidad intelectualista moderna.

He sostenido que intentar aproximarse a la construcción de una caja de herramientas en la comprensión de la “subjetividad política”, implica lidiar con las oposiciones binarias clásicas que aparecen latiendo en las Ciencias Sociales, y, en consecuencia, revisar nuestros supuestos ontológicos, epistemológicos y polí-

ticos de base, como punto de partida para abordar un proyecto teórico de este tipo.

No obstante, la cuestión no se resuelve en la mera enunciación de una posición teórica como si fuera una taxonomía exhaustiva, en tanto la teoría está permanentemente tensionada con la praxis: la infinita diversidad del mundo, “no puede ser monopolizada por una teoría general (...), por eso hay que buscar formas plurales de conocimiento” (de Sousa Santos, 2012, p. 17).

Se trata, entonces, de una actitud atenta y dispuesta a la reflexividad. Pensar en la intemperie la producción de la categoría “subjetividad política”, implica alojar lo impensable que aparece en la creación de los haceres cotidianos y colectivos.

Sostener radicalmente la proposición foucaultiana de asumir las teorías como cajas de herramientas, tiene como consecuencia el que resulte impensable aferrarse a ellas como si fueran catecismos. De lo que se trata, en cambio, es de tensionar su fertilidad para pensar en órdenes problemáticos en la experiencia cotidiana.

En este marco, a lo largo del artículo he explorado algunos ejes de tensión que considero atraviesan la producción de la categoría “subjetividad política” y que remiten, en última instancia, a un tratamiento en forma dicotomizada que opera obstáculo en las formas de comprensión de los procesos subjetivos. Por ejemplo, he sugerido que aquello que designamos como lo individual y lo social, aparecen en la procesualidad de su despliegue permanentemente requeridos el uno por el otro, son “inherentemente” necesarios, retomando la expresión de Cornelius Castoriadis (1975/2007).

Hablo de producción de subjetividad ya que nunca preexiste algo que pueda pensarse como dado, de una vez y para siempre. El carácter procesual de la subjetividad (González Rey, 2008) refiere a que nuestro trabajo humano es hacernos con los otros, asumiendo compromisos con los territorios existenciales que habitamos. Si la subjetividad es devenir, la subjetividad política no es un producto estático que podríamos “encontrar” en los sujetos bajo la forma de percepciones, cogniciones o emociones, sino un proceso que configura una determinada modalidad de habitar el mundo y que, en consecuencia, pone en evi-

dencia un sujeto producido a través de diversas prácticas de saber y poder, “modos de subjetivación” (Foucault, 1982/1988) que remiten al trabajo incesante de producción de sí frente a los mecanismos de sujeción social.

Esto implica que toda subjetividad es entendida en sí misma como una operatoria política y, desde esa asunción, se estaría sugiriendo cierto cuestionamiento a la pertinencia de sostener la “subjetividad política” como una categoría con autonomía conceptual.

Aun así, propongo retenerla como una estrategia discursiva por medio de la cual sea posible disputar poder simbólico al interior de la lucha por imponer sentidos. Esta lucha — eminentemente política— permitiría dar fundamento a una postura contraria a la tendencia a la apoliticidad, desde la cual diversas perspectivas teóricas actuales piensan a los sujetos, retomando la ya clásica figura de la “muerte de las ideologías” como si fuera un destino final.

El proyecto de producir teóricamente “subjetividad política” debería, desde la perspectiva que asumo, ubicarse en un horizonte de reflexión de los procesos de transformación y emancipación social. En este marco, la potencia del pensamiento ranciano se encuentra en su propuesta de inscribir la subjetivación política en la lucha por la igualdad, porque la reubica en “una especie de cortocircuito entre el universal y el particular” (Žižek, 1999/2001, p. 202). Esa “política de los sin parte” como una forma de creación de sí a partir de resistirse a ocupar un lugar de inexistencia, resulta auspiciosa para pensar luchas políticas en regiones como las latinoamericanas, donde campean las injusticias de todo tipo. En este marco, la disputa política también debe ser dada en el campo académico, tal como sostienen algunos referentes del pensamiento latinoamericano como Boaventura de Sousa Santos (2012), a través de su sugerente propuesta de las “epistemologías del sur”, las cuales suponen:

El reclamo de valorización de conocimientos válidos, científicos y no científicos, y de nuevas relaciones entre diferentes tipos de conocimientos, a partir de las prácticas de las clases y grupos sociales que han sufrido, de manera sistemática, destrucción, opresión y discriminación causadas por el capitalismo, el colonialismo y todas las naturalizaciones de la desigualdad en las que se han desdoblado (p. 16)

De este modo, estas posibilidades subjetivas deben ser pensadas en tensión productiva con las condiciones materiales de existencia de los sujetos, no como meras aspiraciones voluntaristas, sino como tramitaciones posibles en marcos concretos de vida colectiva.

Restos no sujetos, imaginación radical, líneas de fuga, invención de lo cotidiano, son proyectos teóricos que tienen como marca común la huella de la potencia de emancipación y que constituyen, desde mi perspectiva, dimensiones ineludibles de la subjetividad política, pero que debemos poner en diálogo tensionado con los modos de sujeción a un orden social, con las maneras menos glamorosas, más deslucidas de vivirse sujeto político en lo cotidiano. Ahora bien, esto no debería conducirnos a ubicar unas y otras formas en universos de experiencias dicotomizadas a priori, quiero decir: no se trata de comprobar lo que de antemano estábamos condenados a encontrar, porque de algún modo los dispositivos analíticos que echamos a rodar prefiguran un campo posible de comprensión de la subjetividad política. Si estudiamos movimientos sociales creyendo que ahí se aloja el purismo de la emancipación subjetiva, es posible que terminemos por concluir eso. Mientras que si depositamos el demonio encarnado en las formas plenamente institucionalizadas de participación política, es posible que nunca nos acerquemos a las experiencias contingentes de subjetivación política que ellas podrían alojar, generando invisibilidades en torno a sus potencias.

Pensar en la intemperie es una empresa ambivalente. Supone abandonar la seguridad de habitar territorios académicos conocidos, pero, al mismo tiempo, es una oportunidad para aventurarse a acompañar las luchas colectivas de aquellos que ilusionan otro mundo (posible).

Pensar en la intemperie no significa abandonar las referencias teóricas, sino considerarlas en tanto tales: “referencias” que orientan posibilidades de visibilizar ciertos aspectos de las problemáticas consideradas, invisibilizando otros. Al asumir las referencias teóricas al modo de coordenadas desde las cuales analizar las experiencias y no como una determinación fija, se asume justamente que dichas categorías y referentes teóricos han de ser sistemáticamente revisados y cuestionados. Lo cual supone habitar una zona de “crítica

como incomodidad recursiva”, la cual designa “la disposición del investigador por no consentir jamás en sentirse totalmente a gusto con las propias evidencias” (Merleau Ponty citado en Eribon, 1989). Esto implica un trabajo permanente de problematización

De aquello que aparece en los derroteros de nuestras indagaciones como un saber conquistado, tanto en lo que podría ubicarse como las certezas heredadas de los referentes teóricos a los que adherimos, como de aquello que se presenta como “evidencia empírica” en nuestros estudios, y que no es otra cosa que una posible interpretación, una de tantas (Bonvillani, 2015b, p. 98).

Referencias

- Bonvillani, Andrea (2009). *Subjetividad política juvenil. Estudio comparativo en jóvenes cordobeses de procedencias sociales contrastantes* (tesis doctoral sin publicar). Universidad Nacional de Córdoba.
- Bonvillani, Andrea (2010). Jóvenes cordobeses: una cartografía de su emocionalidad política. *Nómadas*, 32, 27-45. Recuperado de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-75502010000100003&lng=es&nrm=iso
- Bonvillani, Andrea (2013). Cuerpos en marcha: emocionalidad política en las formas festivas de protesta juvenil. *Nómadas*, 39, 91-103. Recuperado de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-75502013000200007&lng=en&nrm=iso
- Bonvillani, Andrea (2015a). *Callejeando la alegría... y también el bajón. Etnografía colectiva de la Marcha de la Gorra*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Bonvillani, Andrea (2015b). Pensar los sentimientos, sentir los pensamientos. Sentipensando la experiencia subjetiva. En Claudia Luz Piedraíta (Ed.), *Biblioteca Latinoamericana de Subjetividades políticas “Pensamientos críticos contemporáneos: Análisis desde Latinoamérica”* (pp. 97-112). Bogotá: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Universidad Francisco José de Caldas (Colombia).
- Bourdieu, Pierre (1985/1999). *¿Qué significa hablar?* Barcelona: Akal.
- Bourdieu, Pierre (1966/2002). *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Montessor.
- Castoriadis, Cornelius (1975/2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets
- Deleuze, Gilles (1968/2002). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Deleuze, Gilles (1970/2004). *Espinoza: filosofía práctica*. Buenos Aires: Tusquets.
- de Sousa Santos, Boaventura (2012). Introducción: las epistemologías del Sur. En CIDOB (Org.), *Formas-Otras. Saber, nombrar, narrar, hacer*. (pp. 11-22). Barcelona: CIDOB Ediciones.
- Fernández, Ana María (1999). *Instituciones Estalladas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Fernández, Ana María (2007). *Las lógicas colectivas. Imaginarios cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires: Biblos.
- Foucault, Michel (1981/1985). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- Foucault, Michel (1982/1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 3, 3-20.
- Foucault, Michel (1994/1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel (1984/2003). *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fraser, Nancy (1997). *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá: Siglo del Hombre editores.
- González Rey, Fernando (2008). Subjetividad y psicología crítica: implicaciones epistemológicas y metodológicas. En Bernardo Jiménez Domínguez (Comp.), *Subjetividad, participación e intervención comunitaria. Una visión crítica desde América Latina* (pp. 40-45). Buenos Aires: Paidós.
- Gros, Frédéric (2002). Situación del curso. En Michel Foucault. *La hermenéutica del sujeto* (pp. 479-516). Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Guattari, Félix (2005). Subjetividad e Historia. En Félix Guattari & Suely Rolnik. *Micropolítica. Cartografías del deseo* (pp. 37-144). Madrid: Traficantes de sueños.
- Haraway, Donna (1991/1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra
- Ibañez, Tomás (1992). La ‘tensión esencial’ de la Psicología social. En Darío Páez (Comp.) *Teoría y método en Psicología Social* (pp. 13-29). Barcelona: Anthropos.
- Maffesoli, Michel (2004/2005). *La transfiguración de lo político. La tribalización del mundo post-moderno*. Ciudad de México: Herder.
- Rancière, Jacques (1996/2007). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Reguillo, Rossana (2000). *Estrategias del desencanto. Emergencias de culturas juveniles*. Buenos Aires: Norma.

Spivak, Guayatri (1985). Subaltern Studies: Deconstructing Historiography. En Ranajit Guha (Ed.), *Subaltern Studies IV: Writings on South Asian History and Society* (pp. 330-363). Delhi: Oxford University Press.

Tassin, Etienne (2012). De la subjetivación política. Althusser/Rancière/Foucault/Arendt/Deleuze. *Revista de Estudios sociales*, 43, 36-49.
<https://doi.org/10.7440/res43.2012.04>

Žižek, Slavoj (1999/2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.



ANDREA BONVILLANI

Doctorado y Posdoctorado en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba Argentina). Ex - Becaria de Doctorado y Postdoctorado CONICET. Profesora e investigadora de la mencionada Universidad. Directora de distintos proyectos de Investigación a nivel local e internacional en el cruce de temáticas: juventudes-política-subjetividades.

DIRECCIÓN DE CONTACTO

abonvillani@gmail.com

FORMATO DE CITACIÓN

Bonvillani, Andrea (2017). Pensar en la intemperie. Tensiones ontológicas-epistemológicas y metodológicas en la producción de la "subjetividad política". *Quaderns de Psicologia*, 19(3), 229-240.
<http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1379>

HISTORIA EDITORIAL

Recibido: 05-10-2016
Aceptado: 08-11-2017